

EL PROGRAMA DEL PA

RODEADO de los 79 cardenales que le habían elegido, con la cara fatigada por las emociones de una elección no deseada, habló el nuevo Papa al mundo.

Antes de leer su radiomensaje no pudo por menos de decir unas palabras salidas del corazón, improvisadas en el momento.

Si el radiomensaje a todos los católicos del mundo entero impresionó por su precisión, valentía y serenidad, aquellas palabras preliminares dejaban el corazón encogido de emoción, al palpar la intimidad de Pablo VI, hombre de carne y hueso, tras la imponente veste que le cubría.

Abrumado por la enorme responsabilidad que caía sobre sus hombros, y lo delicado de la carga futura, no pudo por menos de hacer partícipes a todos de sus propios sentimientos. Quizá ese rasgo fue más decisivo para conquistarnos, que lo atractivo de su propio programa de actuación.

Un jerarca de la Iglesia católica debe ser siempre consciente de distinguir entre la función sagrada que le incumbe, y la fragilidad personal del instrumento humano que la transmite. Y Montini nos ha dado ejemplo de ello, al empezar su Pontificado.

Nada retrata mejor esta necesaria distinción, que aquel hecho que se cuenta de una santa mujer, religiosa dedicada a la contemplación, que visitaba un día al Papa, en esa época tan denigrada, conocida con el término de Edad Media.

Se acercó la religiosa al Papa, y fue a besarle el pie, en homenaje de respeto, como era entonces costumbre. Y en el momento mismo de hacerlo tuvo una visión. En ella se le apareció el infierno, y en él se encontraba castigado por sus pecados el primer jerarca de la Iglesia.

Así, con esta luminosidad, procedían los fieles de aquel tiempo. Hay que obedecer al Papa, cuando hable en nombre de Cristo, respetarle por su función sagrada; pero rogar a Dios por él, porque es un hombre como nosotros, que puede salvarse o condenarse.

Un Santo, San Francisco de Sales, dice que en este mundo hay diferencia de categorías en la Iglesia en lo que respecta al mando; pero que, en la otra vida, toda esta estructura quedará olvidada, y cada uno recibirá el premio, según sus propios méritos personales, y no contará para nada la importancia exterior de la función realizada. Allí serán iguales los obispos y los fieles.

DESPUES de esa confesión personal, cogió el Papa los papeles donde tenía escrito el radiomensaje, y con serena palabra empezó a leerlos.

Conforme íbamos escuchando sus palabras, en pulcro y claro latín, se iba desplegando ante nuestra imaginación lo vasto y difícil del programa esbozado.

Juan XXIII fue el Papa que se lanzó —impulsado por el amor a los hombres— a una aventura. Su corazón se lo había dictado. Así publicó (con los debidos asesoramientos, por supuesto) sus dos encíclicas «Mater et Magistra» y «Pacem in terris». Así convocó el Concilio Universal. Así imprimió ese sello de libertad a todas las deliberaciones de los 2.500 obispos reunidos en Roma.

Pero, ¿a dónde iba a conducir todo esto? ¿Era posible que llegase a buen fin la gravísima tarea emprendida? Las enormes diferencias de criterio entre los obispos, ¿abocaría a un callejón sin salida, o se resolvería promediando opiniones en un arreglo inoperante?

Cabía el peligro de malograr tanto bueno empezado, y que, todos los hombres de buena voluntad, esperaban con impaciencia no disimulada.

Por eso —a los ojos humanos—, parece especialmente providencial la figura de un hombre intelectual, como es Montini, con amplia experiencia pastoral y de Curia, y con recia personalidad, templada sólo por la finura de su delicada psicología.

Este hombre podrá terminar el Concilio, tan esperanzadoramente empezado, y gobernar la Iglesia con arreglo a los principios admirables del Papa anterior.

Sin duda el Papa actual es un hombre que conoce y admira las modernas corrientes teológicas, que estudia y propaga las nuevas tendencias pastorales y apostólicas, y que es consciente de los problemas que plantea a un cristiano sincero la situación complicada, y muchas veces injusta, de la sociedad humana. El hambre en nuestro mundo, donde tres cuartas partes de la humanidad no comen lo suficiente; existiendo países en los que no se llega a alcanzar ni la quinta parte de las calorías necesarias al cuerpo humano. Donde hay regiones subdesarrolladas, en las que la vida media alcanza solamente treinta años; cuando en las naciones del capitalismo desarrollado se llega a sesenta y tres años como promedio.

La alarma por la guerra atómica; las divergencias entre los países; el crecimiento desproporcionado de la población en las naciones más atrasadas, en comparación con las más civilizadas; la conciencia, cada vez mayor, en la clase obrera, y en las naciones proletarias, de su situación de injusticia; la descristianización alarmante de los países de influencia cristiana, y de tradición católica; la materialización de la civilización occidental; ... todos éstos, son factores que un Pastor universal de los hombres no puede olvidar.

Angustia entre los hombres, que sin duda se hizo presente en el mismo Cónclave que eligió a Pablo VI, ya que el propio Papa aludió a su recuerdo de los días «trepidantes» que vivió en común con los cardenales, solamente suavizados y superados por la oración, como él mismo indica.

UNA de las primeras tareas suyas será la continuación del Concilio, a partir del 29 de septiembre.

Y en él ya ha previsto que se realice «la revisión del Código de Derecho Canónico».

Son muchos los especialistas que, con motivo de esta Asamblea universal de la Iglesia, han levantado su voz para pedir una profunda revisión del Código Canónico. Monseñor Roberts —antiguo obispo de Bombay— cuenta un caso ocurrido en Inglaterra recientemente. Un médico había sido acusado ante las autoridades eclesiásticas; y éstas, en el proceso canónico emprendido, habían procedido así: La acusación no había sido comunicada al acusado en forma completa; el juicio se realizó, y se pronunció sentencia, a puerta cerrada, sin público; los testigos eran anónimos; y todo el procedimiento se había rodeado del máximo secreto. En una palabra: el acusado no tenía el mínimo de garantías personales y humanas que cualquier tribunal civil de Inglaterra le concedía. Por eso comenta monseñor Roberts: «Lo que más asusta en el catolicismo a las gentes, es la sumisión que pide, con angustiosa exigencia, y sin ofrecer ninguno de los controles populares que la democracia mira como garantías vitales de la libertad.»

En general el Código de Derecho Canónico tiene una estructura excesivamente materializada, no antepone suficientemente lo espiritual y la conciencia personal a las demás consideraciones de procedimiento.

Otro aspecto del mismo, digno de reforma, es el Índice de libros prohibidos; Índice basado en las anacrónicas disposiciones del Código. Estas disposiciones están desplazadas de la realidad y son poco educativas. Sería preferible que la Iglesia señalase algunas obras como peligrosas, sin prohibirlas bajo pecado, estimulando así la reflexión del cristiano, y dejando a la conciencia personal la decisión sobre una determinada lectura. Así se formaría el criterio, y nos acostumbraríamos los seglares a proceder como «mayores de edad», que es lo que debemos ser dentro de la Iglesia, según Pío XII. ¿Tiene sentido que en el Índice esté la obra clásica de Huarte de S. Juan «Examen de los ingenios», escrita hace cuatro siglos y cuando ha sido el precursor de la moderna psicología? ¿Que esté el inocente «Discurso del Método», de Descartes, que era un fervoroso católico, y no estén las obras ateas de Nietzsche? ¿Es razonable que sea frecuente incluir entre las obras prohibidas mucho de lo que supone una apertura a los problemas de nuestro tiempo, y casi nunca haya castigo para los libros que perturban las almas, por su falta de realismo y de caridad con los problemas de los hombres de hoy?

A esto se puede añadir el problema de los aranceles en las ceremonias religiosas, la puesta al día del ayuno, la incongruencia de algunas penas eclesiásticas, etc., etc...

OTRO punto del programa del «Arzobispo de los obreros» —como gustaba llamarse el cardenal Montini— será, sin duda, la cuestión social. Para él —como para el apóstol San Juan— «el amor al prójimo, es el banco de prueba del amor a Dios». Y esto «exige de todos los hombres» una «solución más equitativa de la cuestión social».

Al problema de las relaciones de nuestro quehacer terreno y del bienestar temporal, con la religión, dedicó en febrero de este año una pastoral. En ella afirma que «el cristiano no puede ser insensible al mundo de la naturaleza y a la realidad temporal; ser cristiano no es una evasión, ni algo abstracto, ni una absorción del angelismo», sino que «ve en los bienes temporales la obra y dones de Dios, y como tales los admira y pone a su servicio, pero no los convierte en ídolos propios».

Quizá uno de los puntos más debatidos hoy es el de la propiedad. Hace bien pocos años, en Brasil, dos obispos publicaron una pastoral sobre reforma agraria, que fue combatida por otros jerarcas. Sin duda, la rutina eclesiástica, y los intereses creados, quisieron oponerse a esta necesaria reforma, valiente

PA MONTINI

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

y justa. Olvidaban, al no querer prestarse a tan necesaria reforma, que los bienes materiales son para los hombres, y no los hombres para ellos, aunque se disfrace este error como de defensa de la propiedad privada, que se pretende sea algo sagrado, sin ninguna excepción, a pesar de que nuestros teólogos clásicos enseñaron las muchas excepciones que este derecho humano tenía. El cardenal Montini opinaba más abiertamente cuando decía en su pastoral que «ciertamente habrá que precisar el límite de la propiedad, centrado en la exigencia humana y profunda, que se llama derecho natural, y hasta el punto que puede ser determinado por la ley positiva». Esto quiere decir que, contra lo que nos dicen muchos, la propiedad no tiene unos límites tan rígidos como algunos egoístas nos quieren hacer ver, ni tan claros como exponen algunos escritores católicos, y que sin duda permiten una amplitud y flexibilidad mucho mayores de lo que se piensa.

TAMPOCO se asustará el Papa del ecumenismo. Los esfuerzos sinceros y leales, en plano de colaboración, con los «que llevan el dulce nombre de hermanos», como llama a los protestantes y ortodoxos, se verán alentados por él.

A estos cristianos que se separaron de nosotros, algunas veces escandalizados por los fieles y jerarcas que se llamaban católicos, los acoge Pablo VI prometiéndoles que en Roma encontrarán la casa paterna, donde hallarán recogidos y respetados los tesoros de «su herencia espiritual».

Recordemos que el Papa Adriano VI, un holandés sincero y franco, en plena reforma protestante, decía: «Nosotros todos, prelados y eclesiásticos, nos hemos alejado del recto camino, y desde largo tiempo atrás no ha habido uno que obrara como debiera.» No es extraño, por tanto, que un Santo, San Clemente María Hofbauer, pensase, años después, que el pueblo sencillo se inclinó a veces al protestantismo, por espíritu religioso, a la vista de este espectáculo lamentable, sin discernir los errores doctrinales de los reformadores. La verdad es que olvidaron estos sencillos cristianos que la Iglesia católica «no ha pretendido jamás ser en este mundo perfecta» (Montini); pero se olvidaron de ello de buena fe, y por culpa de quienes debían dar un ejemplo muy distinto.

DENTRO de la Iglesia será norma suya, no sólo el espíritu sanamente innovador, sino de mutuo respeto y estrecha colaboración entre seglares y clérigos. Porque él no olvidará que «la evangelización no la realiza sólo el sacerdote ni el simple fiel, sino la comunidad cristiana» (cardenal Suhard).

Es más, hablando hace unos años del «contacto de la misión de la Iglesia con el mundo contemporáneo», decía que los seglares tienen «más experiencia que nosotros los eclesiásticos».

Por eso pedía entre sacerdotes y seglares, y sobre todo entre obispos y laicos, una «colaboración informativa», para poder «guiar la misión de la Iglesia» eficazmente. Ya no se concibe una actitud puramente pasiva del seglar en la Iglesia.

Pero no creamos, por ello, que la Iglesia va a ingerirse indebidamente en terrenos que no son suyos. Su misión «no es directamente política ni social ni económica» (Montini), pero ayuda a «que desaparezcan las miserias y daños sociales» (Pío XII), «sobre todo por medio de sus hijos seglares» (Juan XXIII).

La Iglesia «establece una comunión de vida con Cristo, y una comunión de los hermanos entre sí como resultado de aquélla». La Iglesia es la que nos transmite el amor que debemos poner por obra en este mundo. Y pide, para eso, una «colaboración recíproca» entre los «hombres de buena voluntad».

ES posible que a algunos retrógrados no les guste este programa, y que —como ya he conocido a alguno— estén olvidando lo que antes era norte de su actividad apostólica: los documentos pontificios.

Querrían equivocadamente imitar a aquel tremendo profeta de la Edad Moderna incipiente, el fraile Savonarola, O. P., que se sentía desligado del inmortal Papa Borgia, porque creía que había perdido la fe, y era sólo un aparente Jerarca, que estaba fuera de la Iglesia, por no tener la fe necesaria para pertenecer a ella.

Pero esos tiempos pasaron, gracias a Dios, hace muchos siglos, y ahora tenemos un Papa lleno de fe y de profunda religiosidad, que no por eso quiere perder el contacto con el mundo presente y a quien todos los católicos debemos seguir y respetar.



SIGUE